

MARTINE BARRAT MAGINADA ENTRE MARGINADOS

SARA DE AZCARATE

Martine Barrat nació en Orán (Argelia) hace cuarenta y tantos años. Es amiga de eminentes intelectuales franceses, y sin tener estudios específicos lleva siete años conviviendo con negros y portorriqueños en los barrios de South Bronx y Brooklyn, en Nueva York. Barrios extremos que pertenecen a los marginados y donde ninguna mujer blanca se atreve a entrar.

Martine vive en un hotel, donde ha conseguido reproducir algo de su origen europeo, con su moqueta gris, sus cuadros y, sobre todo, ese fabuloso "video-tape" con el que rueda la vida de los niños y adolescentes que ha elegido para sus estudios.

Martine está cansada de trabajar con ellos, sin pertenecer a su ambiente, pero sabe que ninguna raíz cultural podría albergar ya sus resultados. Por eso, en su camino con ellos, va dejando los guijarros que le permiten volver a la realidad oficial y esforzarse en responder a preguntas que le parecen siempre o demasiado abstractas o escasamente matizadas.

cultores. Dormía en casa de los profesores porque en la Escuela de Bellas Artes no había cama. Así fue como se me ocurrió aprender y me puse a estudiar, mientras posaba, pintura y cerámica.

"Después trabajé como una especie de enfermera ayudante: mi trabajo consistía en esperar a que los enfermos ya desahuciados acabaran de morir. Me encargaba de arreglarlos para cuando llegara a velarlos la familia. Aprendí mucho con todas esas confidencias que te cuenta la gente en sus últimos momentos.

—¿Qué edad tenías entonces?

—Unos quince años.

"Luego viajé por toda Europa. No me acuerdo bien, pero quizá

pueda decir qué países... Primero, Noruega, Dinamarca, Suecia, Holanda, España, Italia, no sé (Martine deja de contar con los dedos, mientras mira al techo tratando de recordar). Bueno..., la cosa es que me hice toda Europa en auto-stop.

—¿Algún problema?

—Todas las historias que recuerdo son bonitas. Las feas se olvidan. Lo más divertido fue cuando viví con una familia de "gangsters" napolitanos, en Nápoles, claro.

"Robaban a los americanos que estaban en los hoteles. Una vez me regalaron un par de zapatos enormes. Del cuarenta y dos. Desde entonces siempre imaginé que los yanquis llevaban zapatos grandísimos.



Martine Barrat comiendo en una "trattoria" del Barrio de los Italianos.



DAR en Nueva York con alguien famoso es tan difícil como en todas partes. Pero para dar con alguien que no es nadie, pero sabe más que nadie sobre la vida en los "ghettos", hay que preguntar precisamente a los negros y portorriqueños de los barrios extremos como Brooklyn y South Bronx.

Allí Martine Barrat es famosa. Trabaja como asistente social, sin tener ningún título y por su cuenta, porque de lo que Martine sabe mucho es de crecer en la calle, de niños que forman pandillas, llamadas "gangs", que se pelean a muerte por su territorio, extensión de dos o tres bloques de edificios, y que a duras penas se tienen de pie.

Martine observa, porque estudiar le parece una palabra intelectual, a cinco niños, hoy adolescentes, desde hace siete años. El objetivo de su "video-tape" tiene filmadas 104 horas de la vida de unos seres, entrando y saliendo de la cárcel, robando y agrediendo, hablando con sus familias, si se da a eso la idea de un grupo de personas que se protegen, o simplemente, en los mejores momentos, siguiendo el programa estatal a base de metadona, droga destinada a permitir que el cuerpo deje poco a poco la heroína.

La llamé por teléfono, y una vez presentadas, lo primero que dijo fue:

—Estoy cansada de ser una marginada y de trabajar con marginados.

Martine cree que su trabajo está ahí, como un documento vivo, valioso y único, pero el problema está en trabajar al margen de todo, tanto que se siente entre dos aguas. Cualquier antropólogo, psicólogo o sociólogo daría cualquier cosa por sus films, pero también los utilizaría para "ayudar" e "instruir" a esos niños, en el sentido de las misiones en África. Martine dice que si ellos son niños, nosotros debemos ser bebés. Ella lo aprendió todo de ellos. Sobre todo, a saber que el estatismo en que ha rodado las escenas de sus vidas y la ausencia de dirección de su trabajo tiene un solo objetivo: ser un testimonio vivo de una situación que habla y ataca por sí sola con tal fuerza, que cualquier manipulación no haría sino empalidecer la denuncia que representan.

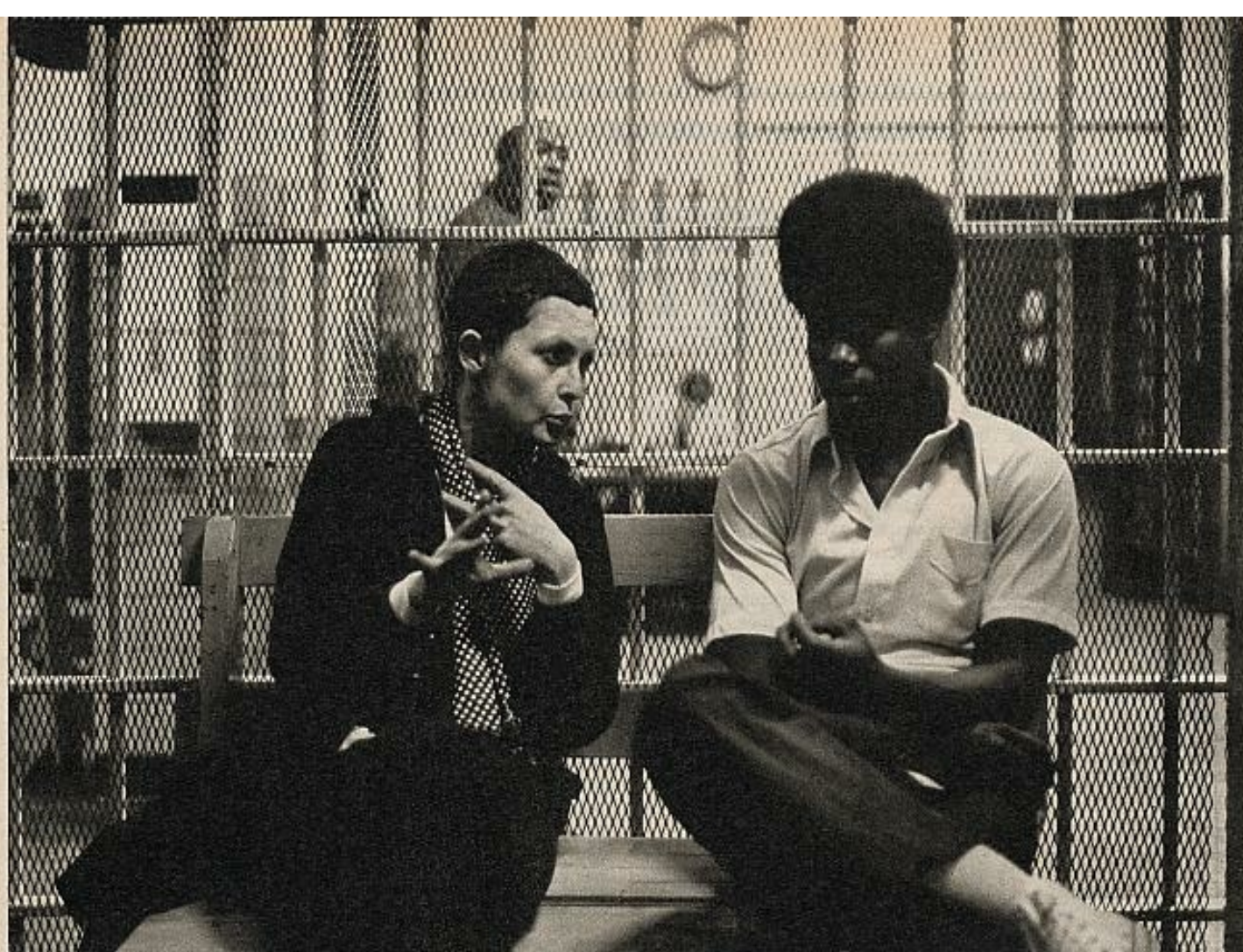
Los padres de Martine eran burgueses. Su padre era periodista y estaba loco. Su madre lo sacrificó todo para dar ocho hijos a su marido. Antes de eso, dice, pintaba.

—¿Cuándo te fuiste de casa?

—A los trece años. Me embarqué en un barco de mercancías que iba a Noruega. Para conseguirlo me ayudó la mujer del cónsul noruego, que engañó a mis padres diciéndoles que iba allí a cuidar niños; ella estaba enamorada de mí, pero yo no entendía nada.

"Cuando llegué a Noruega, dormí en la calle y me puse a vender flores hasta que me detuvo la Policía.

"Luego hice de modelo para es-



Martine Barrat hablando en prisión con Ace, de veinte años, recluso por robo y uno de los niños con los que empezó a trabajar a su llegada a Estados Unidos.

mos. Dormía en el balcón de la casa. Me envolvía en el saco de dormir que traía de Noruega y era la atracción del vecindario.

"Pero hoy ya no podría hacer más auto-stop, dar conversación. ¡Qué horror!

"Yo siempre me sentí atraída por la clase que sobrevive y nunca por los burgueses y su esquizofrenia. Porque la clase poseedora es esquizofrénica. Hace una semana hicimos la prueba en la playa de Brooklyn. En la de los "ghettos", la gente se contaba cosas. Cómo se habían comprado un par de zapatos, de alguien que se había puesto enfermo y se recuperaba, no sé... En cambio, en una playa más "chic" se hablaba de cosas absolutamente abstractas. La política, la moda, la Bolsa. Es decir, no hablaban. Los burgueses están especializados en comunicarse. Nunca he conocido a alguien que sobreviviera y se quejara de que no le entendían.

Martine interrumpe y se pone a buscar algo.

—Quiero enseñarte una foto que adoro.

Mientras pone ante mí montones de fotografías, le pregunto:

—¿Cuándo volviste a Argelia?

—No me pidas fechas. Quiero olvidar mi vida. No me interesa el pa-

sado, lo que quiero es no tener memoria.

"Volvi no sé cuándo. Tuve un hijo con un marroquí. Con falsa documentación, cosa que hice siempre, me busqué un trabajo de maestra en la montaña. De eso sí me acuerdo, fue durante la guerra de Argelia en el sesenta y nueve.

"Después... París.

"Vivía con mi hijo a solas. Trabajé de nuevo como psicóloga y hacía hablar a la gente acerca de sus cosas de todos los días. Me pagaban muy bien. Aquellas personas hablaban de motos, de cómo cocinar, de lo que había que hacer para tener un trabajo fácil. Se les conocía muy bien escuchando sus pequeñas historias. Yo les dejaba hablar a su manera. En cambio, los otros psicólogos que habían estudiado los dirigían y sacaban siempre las mismas respuestas.

"Fue en París donde también empecé a hacer teatro en la calle, cuando eso era una especie de revolución callejera...

—¿En qué época?

—No lo sé. ¿Sabes?... Es que mi vida son muchas vidas... Lo que pasa es que prefiero hablarte de mi mezclándome con los chicos con los que trabajo. Además, si te cuento todo así, nadie se lo cree... La verdad es siempre increíble...

Martine Barrat elige a Vicky y su familia para darme un ejemplo.

—Es una de esas familias portorriqueñas que viven en el "ghetto". La madre de Vicky se llama Cherokee, es un nombre cariñoso. Tuvo los suficientes hijos como para entrar dentro de la categoría de madres solteras sin trabajo. Viven todos del seguro de beneficencia. Pero les dan lo justo para vivir. Y así van de generación en generación. ¿Para qué van a trabajar? ¿Para ganar un poco más?

—Es un seguro que ayuda dejando a la gente en estado catatónico. Viven de la muerte.

"He tratado de conseguirles trabajo varias veces, pero son incapaces de hacer nada.

"La madre es la única que trabaja en una fábrica, desde hace dieciséis años, y mantiene a toda la familia.

"En esas condiciones, cometen pequeños hurtos, pero cuando caen en manos de la ley, no se libran así como así. Cargan con falsas acusaciones, y como no tienen más que abogados de oficio para defenderse, se pasan la vida entrando y saliendo de la cárcel.

"Porque aquí las leyes se aplican en plan racista. El porcentaje de negros y portorriqueños en las cárceles es enorme. Por ejemplo, ha ha-

bido varias condenas importantes por violación, pero que yo sepa jamás se ha condenado a un blanco. La familia se compone de Vicky, con diecisiete años, un niño de tres y embarazada. Un chico de diecinueve años, llamado Tony, que cumple una condena de quince años. Ace y Joy, de veinte y veinticuatro años, en libertad por casualidad, con mujeres e hijos y sin trabajo.

"El mayor es Victor, veintiséis años y cinco en el Vietnam. Victor es un drogadicto por el que Vicky se inició en la heroína.

"Cherokee, la madre, dice que como andan siempre entrando y saliendo de la cárcel, cuando están todos en casa, le parece que están de vacaciones.

Martine sigue contando más y más historias, perfectamente memorizadas con pormenores, fechas y direcciones difíciles de apuntar.

Félix Guattari, el conocido filósofo francés, ayudó económicamente a Martine para que comprara el "video". Otro mecenas fue la Mama, apodo familiar con que se nombra a una de las negras más importantes en el nuevo teatro neoyorquino. Guattari vio la filmación de Martine hace unos meses. Sólo dijo:

—El "video" es la memoria. Los personajes que filmas no pueden tenerla. Están en medio de la guerra. ■ SARA DE AZCARATE.